

dad. Existían luego varias formas de ayuno privado, practicado únicamente por algunos fariseos, que lo consideraban una manera de expiar las culpas de los pecadores, de los demás, claro está. También en el ayuno, nuestro fariseo se dispensa de sentirse pecador y lo practica sólo por los demás.

El diezmo era un impuesto consistente en entregar la décima parte de algunos productos de la tierra (sobre todo trigo, aceite y vino) y del ganado, y la cobraba el patrono de la tierra, que es Dios, único patrono de la tierra de Israel. Por este motivo se llevaba al templo para el mantenimiento de los levitas: cada tres años se dejaba a los pobres para su sustento (cf Dt 14,22-29). El diezmo era, por consiguiente, una forma de igualación y tenía carácter religioso y social. Los fariseos habían extendido luego este impuesto a muchos otros productos, aunque jurídicamente no eran imponibles. Nuestro fariseo recuerda en sus oraciones que paga el décimo de *todos* los productos, incluidos los no imponibles y –al límite de la magnanimidad– que lo paga también con los productos comprados.

81

Toda esta pátina de complacencia, untada con abundancia en la vida, encuentra en la oración una adecuada caja de resonancia. No queda sino estar íntimamente satisfecho y concluir que todavía más... estamos en las cumbres del heroísmo fariseo.

No todo convence. El brillo del metal no ga-

rantiza aún la buena calidad del producto. De hecho su oración, analizada con mayor profundidad, revela el «pecado original» que se observa en dos «grietas». La primera consiste en el hecho de que toda su oración gira como un baile de vals sobre la misma baldosa que no rebasa el perímetro del «yo»: «*Yo* te doy gracias [...] *yo* no soy como el resto de los hombres [...] *yo* ayuno [...] *yo* pago [...]». El fariseo se pone como sujeto de todos los verbos; es tan perfecto que Dios, ante él, se ve reducido al estado de complemento. Habla a Dios, habla del publicano, pero siempre y sólo refiriéndose exclusivamente a sí mismo («hacía en su interior esta oración»). También el agradecimiento es expresión complacida de su estado de ánimo orgulloso y satisfecho. Bajo esta luz, todo lo que dice da la imagen de uno que actúa con Dios como con un banquero, presenta la cuenta de sus riquezas, se siente satisfecho. Con Dios tiene abierta una cuenta que representa una especie de intercambio comercial: a cambio del ayuno, del diezmo y de su integérrima observancia de la ley, el fariseo espera la vida eterna (cf 18,18). Se construye una relación sobre la «partida doble» del debe y del haber, y ya no sobre la gratuidad del don.

La segunda grieta de su oración la representa el despiadado juicio de condena de los demás. Aquí se percibe la aguda estridencia con la verdadera oración que es comunión con Dios y, a través de él, comunión con los demás. El fariseo

provoca un cortocircuito mortal cuando piensa en entablar una relación con Dios, desdeñando la relación con el hermano. Seguramente no se siente en sintonía con el Dios que, como enseña el evangelio de Lucas, es todo misericordia; de esta misericordia deben inflamarse los que son hijos suyos (cf 6,36). De hecho no imita al Padre que está en los cielos y por consiguiente hay algo en él que no funciona: desprecia a quien no es como él. Su oración no puede considerarse tal, sino más bien un soliloquio tan complaciente como vacío.

2. La oración del publicano

La del publicano es más bien una «contrafigura», construida sobre el modelo de la figura anterior y con la clara intención de subrayar su contraste. También del publicano se ofrece primero una «fotografía» y por tanto el espejo de sus sentimientos a través de sus palabras.

También el publicano ha ido al templo. Si el fariseo ha venido a dar gracias, él ha venido a «confesarse». Se prepara quedándose al fondo del templo («se quedó a distancia»), clara señal de que no es digno de avanzar más, con la mirada baja y dándose golpes de pecho, contenedor ideal de sus defectos (según Mc 7,21, el pecho es la sede del corazón entendido como el yo profundo, el yo de las decisiones, del que procede toda opción y por tanto el bien y el mal). Retrato en

su preparación, viene ahora la acusación, que se conoce por sus palabras.

El publicano pronuncia una sola frase: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador». Es una oración dirigida a Dios y que tiene a Dios como sujeto. No tiene nada de lo que jactarse y no tiene motivo para considerar a los demás. Él y Dios: su estado de conciencia y la confianza en el Dios misericordioso. Los demás existen en su oración como víctimas de su pecado, porque, al llamarse pecador, acoge implícitamente a los demás como víctimas de su pecado. Él piensa en su culpa, la única realidad que cita, y se golpea el pecho para denunciar su culpabilidad incluso con un gesto externo que los demás pueden percibir.

Explícitamente encontramos una expresión simple y esencial: «Ten piedad de mí». ¿Por qué razón tenía Dios que perdonarle? El texto no ofrece un motivo explícito; la tradición bíblica proporciona el motivo que es siempre único: «Por la gloria de tu nombre» (Sal 79,9). El motivo del perdón no se encuentra nunca en el hombre, en sus méritos o en las penitencias con las que quería reparar su pecado. Nadie tiene la capacidad de reparar el mal hecho. La única tabla de salvación es la humilde petición de perdón, echándose en los brazos de Aquel que ha declarado por medio de su profeta: «¿Es que yo me complazco en la muerte del delincuente, dice el Señor Dios, y no más bien en que se convierta y viva?» (Ez 18,23). Y Dios, al perdonar, demuestra que es el

Santo, porque vence al mal, rehabilita al hombre, lo vuelve a poner en una justa relación con él. El desbarajuste del pecado está justamente en la interrupción de la relación con Dios, como recuerda con finura teológica el joven de la parábola del Padre bueno: «He pecado contra el cielo y contra ti» (15,18).

El publicano es el tipo del pobre: no posee nada por sí mismo que le pueda dar una cierta confianza en Dios; sólo puede volver a ponerla en Él. En su oración hay una auténtica confrontación con Dios: poniéndose en su presencia, se siente interpelado por Él y ve con claridad lo que es. Su respuesta a Dios es verdadera respuesta: «Sí, soy pecador; pero ten piedad de mí».

3. El juicio de Jesús

En el versículo 14, con un «Os digo», se llega a la conclusión, al juicio que Jesús da sobre los dos. Jesús pronuncia dos sentencias: en la primera encontramos la palabra «justificado», que recuerda el término «justo» del comienzo; la segunda, por el contrario, parece una aplicación moralista de todo el relato.

Dice Jesús: «Os digo que este volvió a su casa justificado, y el otro no». Hay que observar que aquí no se dice «justo», sino «justificado», es decir, indultado, puesto en una justa relación con Dios. Si esto es así, el texto quiere enseñar cuáles

son las condiciones para ser objeto de su favor, para recibir el perdón de los pecados, para estar seguros de estar en gracia con Él. El error del fariseo es presumir de sí, poner la confianza en sí mismo y considerar sus obras como la causa de la salvación, cuando solamente son una consecuencia del estar ya en una situación de salvación.

El publicano es de veras un pecador; es consciente de su pecado; querría colmar la distancia que hay entre él y Dios, sabe que no puede hacer nada para reparar el pecado, puede solamente dar señales de arrepentimiento, actos de penitencia, renunciando al mal..., pero sólo Dios puede quitar su pecado. Él lo sabe y se remite a la misericordia divina. Esta es la conversión a la que Dios, en Jesús, nos llama. El cristiano no es un hombre «justo», sino un «justificado», no es un ser «agraciado», sino un «pecador indultado».

86

Con su juicio, Jesús declara poderes divinos porque absuelve o condena. Demuestra tener un conocimiento profundo del corazón humano, no se limita a juicios apresurados o parciales. Jesús garantiza que el publicano vuelve a casa perdonado, gracias a su actitud de humilde reconocimiento de sí mismo (en el fondo, lo único que ha hecho ha sido ser sincero). Jesús también hace ver que el fariseo vuelve a casa con su culpa, es más, con otra más, porque otra vez ha sido tan miope que no se ha dado cuenta de que también él es pecador, que su honradez no puede salvarlo si no interviene la misericordia de Dios. Ciertamente

sus obras son buenas y válidas, pero nunca bastan por sí solas para garantizar la salvación. Esta sigue siendo un don exclusivo de Dios, que la da gratuitamente a todos en Cristo, pidiendo luego a cada uno la acogida y la respuesta. El don de la salvación se ha ofrecido a los dos, al fariseo y al publicano; el primero lo ha desdeñado, el segundo lo ha acogido con humildad.

La parábola ofrece por tanto una preciosa catequesis sobre la oración, sobre sus modalidades y sobre sus contenidos. Así la propone san Cipriano en su comentario al *Padrenuestro*: «Por tanto, queridísimos hermanos, el que reza no debe ignorar cómo el publicano rezó junto al fariseo en el templo. No levantaba la vista al cielo con descaro, no levantaba excesivamente las manos, sino que se golpeaba el pecho y condenaba los pecados encerrados en su interior, pedía la ayuda de la divina misericordia. Y mientras el fariseo se complacía consigo mismo, fue más bien el publicano el que mereció ser justificado, porque rezaba de manera justa, porque no había colocado la esperanza de salvación en la confianza en su inocencia, dado que nadie es inocente. Rezaba después de haber confesado humildemente sus pecados. Y así el que perdona a los humildes escuchó su plegaria» (*Sobre el Padrenuestro*, 6: CSEL 3, 270).

DEL TEXTO A LA VIDA

1. La parábola desmiente clamorosamente las fáciles clasificaciones que dividen a buenos y malos. ¿Estoy acostumbrado a consentir juicios «programados», opiniones de moda, lugares comunes? ¿O bien estoy dispuesto a reaccionar con un juicio razonado? ¿Me esfuerzo y ayudo a ver lo positivo?
2. ¿Soy respetuoso y atento al juzgar a las personas, o bien me abandono fácilmente a críticas, chismes, incluso a calumnias? En caso de juicios negativos, ¿me preocupo de comprobar su fundamento antes de decírselo a los demás? ¿Tengo la impresión de salvaguardar la estima y la honorabilidad de las personas? ¿Tengo algún buen ejemplo que conservo y que, comunicado, podría ayudar a los demás?
3. ¿Me guardo de la presunción y de la arrogancia? ¿También respecto a Dios? ¿Tengo en mi oración «reivindicaciones» o «pretensiones» que adelanto respecto a Dios?
4. ¿Soy capaz de dejar «espacios de emergencia» que favorezcan la rehabilitación de los que se han equivocado? Si Dios perdona, ¿por qué no debo imitarlo?
5. ¿Me educo en una oración de alabanza, de agradecimiento, de petición de perdón, de petición del bien de los demás? ¿Puedo decir que mi oración es madura, verdaderamente cristiana y eclesial? ¿Compruebo con alguien mi camino espiritual?

4

Un hombre simpático: Zaqueo (Lc 19,1-10)

Entre las muchas figuras simpáticas e inéditas del evangelio de Lucas destacamos la de Zaqueo. Gusta un poco a todo el mundo: a los jóvenes por su aire de pilluelo que se sube a una planta para ver sin ser visto, a los mayores por su determinación y por su valor hasta los límites del heroísmo. Es de pequeña estatura física, pero de gran estatura moral porque señala al hombre de toda época la posibilidad de dar la vuelta a una vida. Todo ello, obviamente, después de conocer a Cristo, de haberlo escuchado y de haber quedado atrapado en el lazo liberador de su amor.

89

EL TEXTO

¹Entró en Jericó y andaba por la ciudad. ²Había allí un hombre, llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico. ³Intentaba ver a Jesús, pero no podía por la gente, porque era bajo de estatura. ⁴Se adelantó y se subió a un sicómoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí. ⁵Cuando Jesús llegó al lugar, levantó

los ojos y le dijo: «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa». ⁶Bajó en seguida y lo recibió muy contento. ⁷Al ver esto, todos murmuraban y decían: «Se ha hospedado en casa de un pecador». ⁸Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres; y si he estafado a alguien, le devolveré cuatro veces más». ⁹Jesús le dijo: «Hoy ha entrado la salvación en esta casa, porque también este es hijo de Abrahán. ¹⁰El hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Contexto y dinámica del pasaje

90 La narración se sitúa al final del largo viaje que lleva a Jesús a Jerusalén, la ciudad santa que lo verá morir y resucitar. Este bipolarismo de luz y de tinieblas se expresa en el contexto que incluye nuestro pasaje: va unido a la parábola de las monedas (cf Lc 19,11-27) porque expresa la posibilidad de comerciar bien con los dones recibidos. Todavía es más llamativo el paralelismo con el episodio del ciego de Jericó, inmediatamente anterior al nuestro (cf Lc 18,35-43). Se habla de un ciego que pide a Jesús poder recuperar la vista y precisamente por su fe consigue la curación. La identidad del lugar, Jericó, ha favorecido tal vez la colocación cercana de los dos episodios: se parecen sobre todo en el común itinerario, de las tinieblas a la luz, de la pasividad al dinamismo, de la lejanía de Cristo a la comunión con Él.

En cuanto a la estructura, resaltan evidentemente dos bloques: un suceso (vv. 1-6) y la valoración del mismo (vv. 7-10). De forma más detallada:

a) *El suceso*

1. Introducción (vv. 1-2): indicación del lugar y presentación de los personajes, Jesús (sólo se da el nombre) y Zaqueo (nombre, profesión y condición social).
2. Uno busca y el otro es buscado: los separa la distancia (v. 3).
3. El que busca se propone superar la distancia (v. 4).
4. El buscado se pone a buscar: inversión de los papeles (v. 5).
5. Se supera la distancia: los dos se encuentran (v. 6).

b) *La valoración*

1. La valoración de los adversarios: el encuentro es criticado por los conservadores, que se desmarcan (v. 7).
2. La situación de Zaqueo: el encuentro se convierte para él en motivo de cambio de vida; encuentro físico, pero también encuentro espiritual (v. 8).
3. La valoración de Jesús: el encuentro con todos, sobre todo con los pecadores, pertenece a su misión:
 - con Zaqueo, caso concreto (v. 9);
 - con todos, perspectiva general (v. 10).

COMENTARIO BREVE

Jesús atraviesa Jericó. La ciudad, situada a 250 m bajo el nivel del mar y a unos 10 km del Mar Muerto, es un oasis subtropical sorprendente, una flor en medio de un paisaje desértico desolado. La naturaleza exuberante sirve de coreografía al encuentro de dos personas.

Jesús está de paso. Seguramente ha pasado por aquí muchas veces, siempre que tenía que subir a Jerusalén. Por consiguiente se le conoce, mucho más cuando estamos cerca de la conclusión de su vida apostólica, y habrá dado que hablar por sus intervenciones prodigiosas, así como por sus discursos de muy distinta argamasa respecto a los de los maestros habituales.

92 En Jericó se encuentra un hombre llamado Zaqueo. Su nombre, diminutivo de Zacarías, significa «el puro» —en nuestro idioma sería «Inocencio»—, una verdadera burla del destino, porque es jefe de los publicanos y rico, dos títulos que pesan sobre su reputación como la espada de Damocles. Como publicano, era pecador para los judíos; como rico, era un «caso difícil» también para Jesús, que había dicho: «¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!» (Lc 18,24). Que su riqueza no es honrada se sabe enseguida por propia confesión del interesado. Se la garantizaba su profesión, que podía ejercer con provecho en Jericó, ciudad que exportaba bálsamo, y que, por esta razón, era ocasión

de negocio fácil para los publicanos. Al precisar Lucas que Zaqueo es el jefe de los publicanos, nos ha ofrecido una caracterización sociológica precisa, dándonos un cuadro completo. Vamos a saber más de esta profesión.

1. El oficio de publicano

Publicano es un nombre común que designa genéricamente a un recaudador de impuestos, una persona que recauda dinero. Para mayor precisión hay que distinguir entre empresarios aduaneros y simples empleados aduaneros. Los empresarios firmaban acuerdos con la administración romana para la recaudación de los impuestos. Pagaban por adelantado la contrata y durante los doce meses siguientes –la duración de la contrata– procuraban obtener el máximo beneficio. Podían llegar a amasar una verdadera fortuna. Zaqueo probablemente pertenece a este grupo, porque se dice que era «jefe de los publicanos» y el añadido de «rico» indica que había hecho fortuna.

93

El empresario confiaba luego el trabajo de la aduana a otras personas que trabajaban de empleados. Estos constituían un grupo fluctuante, socialmente indefenso, y rara vez llegaban a tener una riqueza sólida. Su trabajo consistía esencialmente en el cobro del arancel –el llamado *portorium*–, tasa que se pagaba por la introducción

de mercancías en una ciudad o en un territorio concreto, por la exportación, por peajes, etc. Los impuestos indirectos (impuestos inmobiliarios, impuestos personales, etc.), por el contrario, establecidos por los romanos, no los recaudaban los publicanos, sino los magistrados judíos que actuaban bajo el control del procurador romano.

Las irregularidades cometidas por los publicanos eran muchas. A partir de Nerón se estableció la obligación de exponer en los puestos aduaneros las tarifas en vigor (cf TÁCITO, *Anales*, XIII, 51). Como ocurre muchas veces, hecha la ley, hecha la trampa: como el arancel se calculaba porcentualmente según el valor de la mercancía, los publicanos no tenían más que «inflar» el valor de la mercancía para aumentar el cobro. El inicuo beneficio, sin embargo, no iba a parar a su bolsillo, sino al del empresario.

94

No hace falta recordar el desprecio que rodeaba a esta profesión ya aborrecida porque se consideraba una colaboración con el ocupante romano y luego, sobre todo, porque se trataba de una auténtica usura. Por esta razón el nombre de publicano, etimológicamente «cobrador de dinero público», de nombre de profesión pasó a ser una clasificación de una despreciada categoría de personas temidas por todos. Los fariseos, después, como cultivadores de la pureza legal, les tenían una cordial antipatía y guardaban las distancias con ellos.

Zaqueo, jefe de los publicanos, lleva encima

el odio encendido y el desprecio de todos, y por consiguiente, el aislamiento de los conservadores.

2. El encuentro con Jesús

Con estas premisas cabe esperar pocas cosas buenas de este hombre que se puede etiquetar fácilmente. La continuación del relato de Lucas demostrará justo lo contrario. Las etiquetas se pegan a los libros para reconocerlos y colocarlos en el lugar correspondiente en la biblioteca, no se pegan a los hombres que pueden cambiar de lugar y, lo que es más importante, pueden cambiar de vida hasta el punto de ser «irreconocibles».

Zaqueo presenta con su comportamiento una primera nota positiva, porque «intentaba ver a Jesús», es decir, quería verlo de cara, no se contentaba con el «me han dicho». Su deseo no se puede calificar de improvisado o de fugaz, porque «intentaba», tiempo imperfecto, indica una acción que se prolonga en el tiempo. Lo demuestran las dificultades de su baja estatura y de la gran muchedumbre que, como obstáculo inicial, se superan con ingenio y los medios adecuados. Cuando se quiere, muchas dificultades dejan de serlo, pues se vencen con la tenacidad, con la intuición y con la agudización del ingenio, versión más elegante del popular «saber apañárselas».

Su deseo es vivo, incluso ardiente si le lleva

tan lejos. ¿Dónde tiene sus raíces este deseo? ¿En una mera curiosidad? ¿En la satisfacción de poder decir: «Yo también lo he visto, yo también estaba allí»? ¿En algo más profundo? El texto calla los motivos y, por consiguiente, toda conclusión no supera el estado de la ilación. Por otra parte, ocurre muchas veces así y el encuentro con Jesús nace de un deseo difícilmente identificable en su última raíz. Sabemos luego que Lucas no pretende describir la psicología de sus personajes, y que prefiere mostrar las grandes etapas de un camino que puede servir a sus lectores.

Zaqueo se adelanta corriendo para preceder al cortejo que atraviesa en ese momento la ciudad y se refugia en un árbol. En ese momento no piensa en su dignidad, en el ridículo a que se expone ante los que lo conocen. En Jericó es de casa, porque trabaja aquí y, con toda probabilidad, vive aquí. No lo piensa y se sube como un pilluelo a un árbol, un sicómoro. Se trata de una planta mediterránea que da un fruto parecido al higo y tiene las hojas grandes como las de una morera (de aquí su nombre *síco* = higo y *moro* = morera). El árbol permite una subida fácil porque tiene el tronco bajo; las hojas grandes garantizan a Zaqueo un refugio seguro. La posición es, por consiguiente, óptima para ver sin ser visto.

Esta actitud es un punto en contra de Zaqueo. No es correcta la actitud de «mirón» y el que quiere ver debe también dejarse ver: sólo así se crea una corriente alterna de dar y recibir, sólo así

se ponen los fundamentos del diálogo. El único sentido, el sólo ver, es un arbitrio, una forma de explotación del otro. Zaqueo quiere ver a Jesús, satisfacer su curiosidad, tal vez incluso responder a un deseo profundo, sin ofrecer la contrapartida, como recibir sin dar, obtener sin prometer nada. Con la complicidad involuntaria de la muchedumbre piensa triunfar fácilmente en su intento.

Deja que Jesús se acerque sin acercarse él. En este caso el movimiento es sólo de una parte, la de Jesús. Se refleja aquí la lógica humana utilizada muchas veces también en el campo religioso, cuando se pretende la cercanía de Dios, la alegría del corazón, la armonía de la vida, sin ofrecer al mismo tiempo a Dios la disponibilidad de acercarse a Él con el objetivo del corazón y de la vida. Un juego egoísta que no puede durar mucho.

Jesús pasa debajo del árbol, lo ve Zaqueo y ve así cumplido su deseo. En ese momento le dirige la palabra y lo invita a dar el paso que Zaqueo no quería o no podía dar. No quería porque era necesario dejar una vida que, en resumen, se había puesto como un traje o no podía porque estaba hibernado por el juicio glacial de los conservadores que con frecuencia bloquea más que una cadena de hierro. Jesús lo invita de dos maneras, primero con la mirada y luego con la palabra. La mirada se distingue del simple ver como la voluntad del instinto. Ver es un hecho externo, mecánico, típico de todos los animales. Mirar, en cambio, implica toda la voluntad y es propio de la persona. Por

eso la mirada posee con frecuencia una carga que sustituye ampliamente a un río de palabras. Con la mirada se expresan los sentimientos de aprobación o de desaprobación, con una mirada se puede herir o amar, con una mirada se puede mantener a raya al alumnado. La mirada es un medio de comunicación. La mirada de Dios tiene además la posibilidad de transformación. Dios ha observado la miseria de su pueblo e interviene (cf Éx 3,7-8); Jesús mira con atención al rico interesado en el camino que lleva al reino de los cielos y le comunica su amor: «Jesús lo miró con amor» (Mc 10,21). La mirada es el primer elemento de comunicación usado por Jesús con Zaqueo, el primer signo para decirle que se interesa por él.

Luego llega la palabra que, preparada por la mirada, no llega como extraña.

3. La palabra de Jesús

98

La primera palabra que resuena es *Zaqueo*, el nombre propio, el que identifica a una persona, distinguiéndola de otra. Zaqueo oye que le llama por su nombre, que le conoce personalmente en su identidad más auténtica y profunda. Los demás puede que le llamen «publicano», «usurero», «el de allí» o cualquier otro nombre genérico o un apodo. Jesús, un extraño, uno que está de paso, lo conoce y lo llama por su nombre. Llamado por su nombre, Zaqueo está situado en la condición de

responder y, mucho más, de entrar en diálogo con Jesús, de persona a persona, entre iguales.

La segunda palabra es un imperativo: «Baja en seguida». Jesús invita a Zaqueo a dejar su refugio para ponerse al descubierto, le invita a dar el paso que antes no quería o no podía dar. Si primero Jesús se había acercado a Zaqueo, le toca ahora a Zaqueo acercarse a Jesús. Es la lógica del diálogo: mirar a la cara, hablar, dar cada uno un paso hacia el otro. El imperativo no es una violencia ante el otro, sino más bien la garantía de que acercarse no está prohibido, es más bien un deseo y una petición. Los fariseos y todos los conservadores evitaban la compañía de los publicanos y de los pecadores en general, porque eran gente «sucia» que contaminaba. Con su imperativo, Jesús declara que no teme ningún contagio, que no mantiene la distancia de la indiferencia o del desprecio. Es un imperativo que acerca, un imperativo que crea igualdad. Este imperativo viene acompañado, casi reforzado, por el adverbio «en seguida», para ayudar a Zaqueo a romper toda demora, a superar ocasionales perplejidades que pueden surgir como elementos de freno. Para que el imperativo no suene a violencia contra el otro y para mostrar la nueva situación de relación, Jesús añade el motivo que equivale a un compendio de teología: «Hoy tengo que hospedarme en tu casa».

Hoy. El adverbio puede leerse como átono o tónico: átono si se entiende como una simple precisión temporal, en el sentido de hoy y no

de mañana; tónico si toma más relieve del que corresponde a su valor gramatical. Conociendo a Lucas y su manera de escribir, se deduce el valor tónico. Examinemos algunos textos suyos, todos teológicamente importantes.

- Lc 2,10-11: «El ángel les dijo [...] en la ciudad de David os ha nacido [hoy] un salvador». Es el momento en que la salvación, profetizada y esperada desde hacía mucho, toma cuerpo con el nacimiento de Jesús.
- Lc 4,21: «*Hoy* se cumple ante vosotros esta Escritura». Lucas hace de estas palabras pronunciadas en Nazaret el comienzo público y oficial de la actividad de Jesús, que se presenta como el profeta esperado.
- Lc 5,26: «Todos quedaron sobrecogidos, y glorificaron a Dios. Llenos de temor, decían: “*Hoy* hemos visto cosas maravillosas”». Tras las palabras, los hechos prodigiosos. Jesús confirma con ellos la salvación anunciada y prometida y se titula el verdadero enviado de Dios.
- Lc 23,43: «Te aseguro que *hoy* estarás conmigo en el paraíso». Jesús crucificado garantiza al ladrón crucificado el acceso a la salvación.

100

Lucas coloca el término «hoy» siempre en el contexto de la salvación y sobre todo de salvación que se realiza: en el nacimiento, en la profecía, en el milagro, en la muerte. También en nuestro caso el hoy viene unido a la salvación, como confirman

las siguientes palabras de Jesús: «*Hoy* ha entrado la salvación en esta casa» (v. 9).

Se inclina, por tanto, por el valor tónico del adverbio y por su importancia teológica.

Tengo que. El verbo expresa la voluntad divina, el plano salvífico y su urgencia. Jesús quiere llegar a todos, sin excluir a nadie, sobre todo a los que el fanatismo religioso judío había marginado. La manera más completa de llegar a todos será el don de su vida. Mientras tanto se manifiesta en el anuncio a todos del evangelio, que es la revelación del amor de Dios al hombre. Jesús ya había expresado esta obediencia suya al plan divino al afirmar: «Debo anunciar también el reino de Dios a las demás ciudades, porque para esto he sido enviado» (Lc 4,43).

Hospedarme: No es el verbo de la prisa, del saludo y luego salir corriendo porque «tengo mucho que hacer». Es el verbo de la calma, de la demora, del tiempo prolongado, tanto que en griego tiene muchas veces el valor de «habitar», «residir». Es el verbo de la residencia. En el cuarto evangelio este verbo se tiñe todavía más teológicamente y expresa la comunión interpersonal, el vínculo íntimo y profundo entre dos personas que se aman.

En tu casa. Querer entrar en casa es una manifiesta provocación, un desgarrón irremediable en

el tejido de la teología farisaica, que desdeñaba todo contacto con los pecadores. Quedarse en casa de uno era el colmo de la vergüenza. Como ocurre siempre entre Jesús y los fariseos, estos consideran la persona desde un punto de vista fijo: siempre será lo que ha sido. Jesús, por el contrario, la considera desde una posición de movimiento, al menos posible: a pesar de un pasado desastroso, se puede, es más, se debe cambiar, avanzar y mejorar. La persona puede llegar a ser distinta de lo que ha sido.

102

Son las densas palabras de Jesús. Zaqueo recoge la feliz provocación, reacciona haciendo todo lo que Jesús le ha pedido y baja deprisa. El deseo de ver a Jesús ha sido finalmente satisfecho. No sabe lo que le espera, no había calculado —y no podía calcularlo— lo que ahora siente y decide. Acoge a Jesús con alegría. Se registra el primer, nuevo e inesperado sentimiento que nace del encuentro con Jesús. Alegría que nace, entre otras cosas, de la posibilidad que se le ofrece de dar el paso que antes no quería o no podía dar. La palabra de Jesús lo ha puesto en condiciones de darlo. Ahora, sin embargo, debe jugar con las cartas boca arriba y no se le permite camuflarse, ni siquiera tras las hojas de un árbol. La alegría tiene su fuente interior en el corazón del hombre, pero se trasiega fácilmente al exterior. La afirmación de su apresurado descenso del árbol implica un dinamismo interior, aclarado por la observación: «Lo

recibió muy contento». En el fondo Zaqueo ha sido objeto de un interés que se llama atención al otro, rehabilitación, no temor de contagio; en resumen, en una palabra, ha sido amado por Jesús. La alegría es siempre hija primogénita del amor.

Con el v. 6 se termina el hecho que constituía la primera parte del relato. Se inicia ahora una serie de reacciones que parten de un genérico «todos», que recoge en práctica la valoración de los adversarios de Jesús, sigue luego la reacción operativa de Zaqueo y, finalmente, la valoración de Jesús que confirma el pasaje.

En agudo contraste con la alegría de Zaqueo se coloca la murmuración prolongada (otra vez el verbo es un imperfecto) de los demás, unidos en el significativo «todos». Se trata de la otra parte, la distinta y opuesta a Jesús, la que contaba con los mayores sufragios del pensamiento dominante, que constituía un ejemplo paradigmático. Es la parte que no conoce el dinamismo provocado por Jesús en el corazón de Zaqueo, de quien no entiende y no aprecia la alegría. Experimenta justo el sentimiento contrario, una especie de disgusto, de irritación ante un comportamiento que la ortodoxia judía sólo podía reprobar: «Se ha alojado en casa de un pecador». ¡Inaudito! ¡Un escándalo! Es lo que dicen ellos. Nosotros decimos: la música habitual de los fariseos, que sólo saben aporrear el instrumento de la crítica, de la distancia, del desprecio, y emiten solamente notas desafinadas (cf Lc 5,30; 15,2). Ciertamente, en

su lógica el comportamiento de Jesús resulta tan anómalo, incluso ofensivo respecto a la teología dominante, que se convierte en la causa que desencadena la avalancha de críticas y de reprimendas que se vierten como un río desbordado sobre Jesús y sobre el pobre Zaqueo. También este es un dato muy común: la voluntad salvífica de Dios tropieza con la fría incomprensión y con la crítica acerba. Jesús se había precavido recordando a sus discípulos y a todos: «¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!» (Lc 7,23). El que se detiene en el pasado pierde el tren de la actualización, de la novedad, de la vida. La naftalina puede proteger, pero si no se usa bien termina envenenando. En esta situación están los fariseos que no acogen el mensaje y el estilo nuevo de Jesús. Las críticas de los conservadores no alcanzan a Jesús y tampoco marchitan a Zaqueo. Este último se levanta, como para dar mayor solemnidad a sus palabras, y hace una promesa. Lo que dice demuestra su contrición interior y bloquea la reacción de la gente. A las palabras huecas y denigrantes de la gente opone hechos sustanciosos. Son sobre todo estos los que demuestran la sinceridad de su desprendimiento del dinero. Una actitud justa, genuina, generosa: en vez de torturarse en la mente con morbosidad masoquista se reconoce sencillamente culpable y procura reparar. Sigue dos caminos. El primero es dar la mitad de sus bienes a los pobres. Ya la predicación social del Bautista se había dirigido en este sentido: «El que tenga dos

túnicas reparta con el que no tiene ninguna, y el que tiene alimentos que haga igual» (Lc 3,11). Es un apremio a la «capacidad contributiva» del pecador llamado al arrepentimiento. Para Zaqueo juega también otro factor. No se puede encontrar a muchos de los defraudados, y a otros no se les puede ni siquiera identificar. Dar la mitad de sus bienes a los pobres, a fondo perdido, tiene el valor de una restitución. Queda la otra mitad para reparar el daño a personas desconocidas. ¿En qué medida? La ley contemplaba la restitución de todo el valor, más 1/5 por indemnización (cf Lev 5,20-24), porcentaje que, según los rabinos, había que aumentar a 1/4.

Zaqueo decide devolver el cuádruple. En este aspecto se alinea o con la ley romana –a tanto obligaba al ladrón sorprendido «con las manos en la masa»– o con la ley de Éx 21,37: «Si alguno roba un buey o una oveja y los mata o vende, restituirá cinco bueyes por cada buey y cuatro ovejas por cada oveja». Alineándose con la ley más severa, con el caso extremo, Zaqueo demuestra su transformación. Asistimos con ello al salto acrobático de la nada al todo, de una vida gris de una profesión despreciada a la exultación del encuentro con Jesús, del apego esclavista al dinero a la alegre liberación del mismo. Parece un preludio de las bienaventuranzas, cuando los últimos y los menospreciados reciban gratuitamente la plenitud de la felicidad.

Su comportamiento parece un poco extraño.

Sin embargo las cosas de Dios no están hechas para ser comprendidas intelectualmente, sino para ser vividas, y cuando se viven, todo comienza a comprenderse. El presente de Zaqueo es el punto en el que el futuro se transforma en pasado. Ya no es el hombre de ayer, es el hombre de mañana, el que Jesús quiere restituir con su anuncio.

Esto lo confirma la palabra concluyente de Jesús: «Hoy ha entrado la salvación en esta casa». La salvación es un término moral, político. Existe la idea de victoria, de rescate de una situación negativa y la devolución de la plenitud o de la integridad. Hablando de Dios o de Cristo, la salvación es liberación del pecado, estado de alienación de Dios y, positivamente, participación e integración en una novedad de relación con Dios, gracias a Cristo. Es, en el fondo, el don de poder participar en la misma vida divina.

106

Para Lucas la salvación está íntimamente unida al acontecimiento-Cristo. Solamente él, de los sinópticos, llama «Salvador» a Jesús (Lc 2,11) y usa el término abstracto de «salvación», como en este caso. La salvación intervenía a veces como liberación de la codicia del dinero y del yeso mortificante de una situación cristalizada en un juicio negativo de la gente. De ahora en adelante Zaqueo puede ser incluido con autoridad entre los hijos de Abrahán, los verdaderos, destinatarios de las promesas de salvación, es más, ya parcialmente poseedores de esta salvación.

Al final, con un dicho proverbial para su misión, Jesús recuerda que Zaqueo no es sino la aplicación de algo que para él es constitutivo, esto es, ir en busca de lo que está perdido para salvarlo (cf Ez 34,16; Mt 15,24). Es como decir que, mientras esté Jesús, nada está definitivamente perdido; brilla siempre una luz tenue de esperanza, la que Jesús ha encendido como una hoguera con la llama del deseo innato en Zaqueo.

4. Un hombre nuevo

Tenemos en Zaqueo el trazado de la conversión. Jesús pasa y pone en movimiento en Zaqueo el deseo de verlo. El deseo se perfila con una serie de acciones que procuran alcanzar su propósito, pero en un único sentido: ver sin ser visto, recibir sin dar. Jesús hace que este deseo dé un salto de cualidad y, al encontrarse con Zaqueo, le permite encontrar en sí mismo las energías de bondad que todo hombre conserva en el fondo de su propio ser.

La alegría de Zaqueo es grande. Su agradecimiento no tiene límites. Con su promesa da testimonio del cambio ocurrido y se presenta como uno que ama porque piensa en los demás y rompe el circuito del egoísmo. No es simple justicia, restitución de un bien robado, es más bien el inicio de una vida nueva, raíz de vida eterna. Esta es la salvación de Jesús. Si Jesús se

acerca al hombre y este último deja que Jesús se le acerque, de esta distancia acortada nace una comunión que es condición de vida, comunión que es ya vida eterna.

108 Como se demuestra tras el encuentro con Zaqueo, Jesús se ha hecho peregrino de todo hombre, asegurándole estima y devolviéndole dignidad. Con él parte una nueva evangelización. Si el hombre es pecador, hace falta decirle o darle a entender su error: la solidaridad no es mimetismo y mucho menos mentira. Esto no debe atacar la acogida, el perdón, la confianza, sino favorecerla para que pueda volver a comenzar desde el principio. Hay que ayudarle a sentirse acogido por Dios como Padre universal, a descubrir su rostro luminoso que brilla en la persona de Jesús. Gracias a él se restituye la imagen que el pecado había estropeado. La idea de que Dios, en Cristo, con amor imperecedero busca a todo hombre que se ha extraviado confiere al ser humano un valor eterno y una dignidad sin precedentes; por esta razón la liturgia del día de Navidad dice: «Oh Dios, que de manera admirable nos has creado a tu imagen, y de manera más admirable nos has renovado y redimido, haz que podamos compartir la vida divina de tu Hijo que hoy ha querido asumir nuestra naturaleza humana». Así la buena noticia del reino hace surgir un doble estupor: por un lado, la inmensidad del amor de Dios al hombre y, por otro, la grandeza del hombre para Dios.

DEL TEXTO A LA VIDA

1. El crecimiento cristiano implica un serio compromiso, exposición al riesgo, en ocasiones al ridículo. ¿Hasta dónde sé exponerme? ¿O prefiero la cobertura astuta del follaje? ¿Cuál?
2. ¿Soy emprendedor como Zaqueo, capaz de originalidad y fantasía, así como de alcanzar el objetivo de la vida que es encontrar a Cristo? Como personas y como grupo, ¿somos capaces de una sana puesta al día?
3. ¿Cuándo, recientemente, he dado testimonio de mi fe cristiana? ¿Cuándo he permitido a Jesús pasar para que lo vean los demás y nazca en ellos el deseo de encontrarlo?
4. El ambiente social y familiar en algunos casos ayuda, en otros condiciona negativamente. ¿Puedo considerarme libre e independiente cuando tomo decisiones de fe? ¿Conozco algún condicionamiento que me frena? ¿Enfrío tal vez el entusiasmo de los demás? ¿Recuerdo, por el contrario, algún caso en el que haya estimulado un nuevo comienzo, un arrepentimiento, una chispa de bondad?
5. Una voluntad decidida y resoluta caracteriza al nuevo Zaqueo. ¿Prefiero estar siempre en el pellejo de «los de siempre», o me esfuerzo por ser el de mañana? ¿Empiezo ya hoy?
6. El financiero Zaqueo ha revisado su vida a la luz de la nueva ética y ha decidido devolver

lo que había robado. ¿Puedo declarar abiertamente mi honestidad? ¿Contribuyo a construirla también en los demás? ¿Cómo? Si he hecho mal a alguien, ¿estoy dispuesto a reparar pagando en persona (si he «robado» fama, estima, bienes...)?

7. ¿Soy yo también uno de «todos» los que critican mirando siempre más al pasado que al presente? ¿Cuántas veces soy capaz de alabar y aprobar el bien realizado? ¿Recuerdo el último caso? ¿Y la última ocasión perdida?
8. En nombre de la común dignidad humana debe abrirse camino una mayor igualdad en la repartición de los bienes. Zaqueo ha tomado la iniciativa, de forma totalmente espontánea, de allanar algunas diferencias. Tal vez no pretendía una distribución equitativa; de hecho ha planteado premisas concretas de actuación. ¿Cómo comparto mis bienes, ganados honradamente, con quien tiene necesidad? Como personas y como grupo, ¿somos capaces de pequeñas autotasaciones o de alguna otra iniciativa? ¿Qué sugerimos? ¿Cómo influimos en la opinión pública a favor de una política programada también a largo plazo?
9. ¿Qué deseo tengo de ver a Jesús? ¿Sé expresarlo en la búsqueda de un encuentro personal con Él en los sacramentos, en la escucha de la Palabra, en momentos de oración personal, silenciosa y comunitaria?

10. ¿Cómo podría definir a un amigo mi concepto de salvación? ¿Concuerda con la salvación de Cristo, la integral, que salva al hombre por fuera y por dentro?